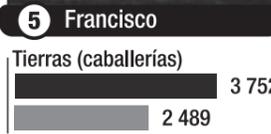
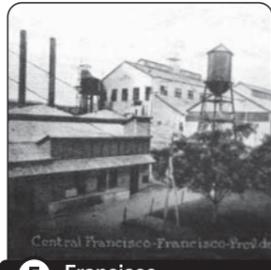
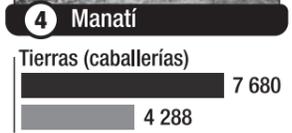
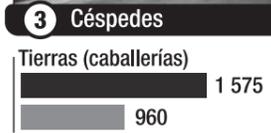
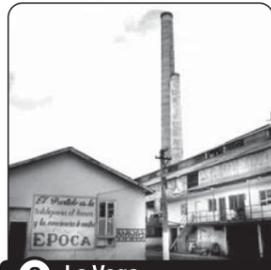
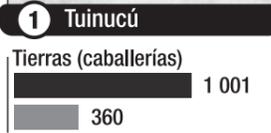
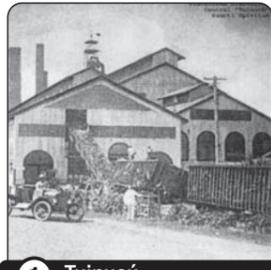


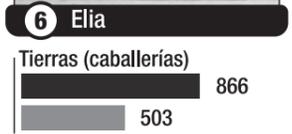
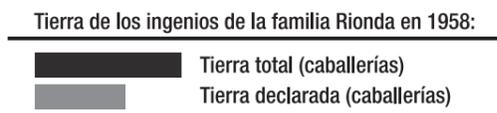
• CIFRAS QUE EVIDENCIAN CÓMO LA FAMILIA RIONDA CAMUFLABA SUS PROPIEDADES •



Don Manuel Rionda, considerado el más poderoso magnate azucarero de la Cuba prerrevolucionaria.



Distribución de los ingenios en la isla



Los Rionda solían poner parte de sus tierras a nombre de algunos empleados para evadir el pago de impuestos y llevar ese dinero a sus bolsillos.

Fuente: McAvoy, Muriel (2003) / Infografía: Angel R. Borges

jornada de ocho horas y aumento del salario, entre otras, que fueron rechazadas por la compañía. Mientras los de abajo penaban y demandaban, en una nómina de la época aparecía doña Isidora cobrando 200 pesos oro en la quincena solo por atender la casa: "Por muchas ventajas, facilidades y comodidades que ofrecieran a los moradores del batey no revertían ni un medio por ciento de sus ganancias en los trabajadores", concluyó el historiador.

Y la ampliación de sus dominios no cesaba. En 1926 el clan decidió construir una fábrica para la producción industrial de papel, inversión que no fructificó y en la década del 40 se aprovechó para instalar la destilería Paraíso S.A. En ese propio período también ejecutaron una planta para la preparación de abonos químicos en Sancti Spiritus, y luego otra para refrescos en Banao llamada Red Rock Cola Bottling Co. El central La Vega —luego Reemberto Abad Alemán, de Guayos— también aparecía entre sus propiedades.

Cuando el negocio de azúcar en Cuba disminuyó y quebraron varias compañías a inicios de los años 30, aumentó el tiempo muerto en el ingenio. Para los obreros se establecieron créditos en víveres, anticipos en dinero que daba la compañía y al comenzar la zafra ya mantenían una enorme deuda. Durante la crisis del 29 al 32 la Company reforzó salarios de miseria: entre 10 y 15 centavos el ciento de arrobas de caña cortada y el tiro a 15 o 16 centavos.

En las colonias del ingenio las casas se levantaban con yagua, guano o tabla de palma, el piso de tierra y como letrina el cañaveral más próximo. Los campesinos apenas compraban harina, petróleo para el alumbrado, pan, azúcar y arroz. Su plato fuerte: tasajo ocasional o caldo de pescado, cuando vivían cerca del río. Los niños de La Esperanza sobrevivieron a veces comiendo bledo y verdolaga.

Durante todo este período la peor parte la llevaban los campesinos. Así lo recuerda Hilda Mantilla, hija junto con otros seis hermanos de un cortador de caña, quien trabajaba desde la madrugada hasta el oscurecer para ganarse unos quilos allá en Sabanilla.

"El más chiquito de ellos era abusivo, se llamaba Manolito Rionda, mandaba a dar candela a los cañaverales sin importarle si se quemaban nuestros ranchos. Sus mayores daban plan de machete. Mi casa era de tierra y guano, sin luz. No tenía ropa, ni zapatos. No tuve juguetes, ni

15, ni una foto, nada. Vine a conocer un médico en el 68, cuando salí embarazada. Mis padres fueron analfabetos hasta que la Revolución los alfabetizó y entonces todos sus hijos pudimos hacernos profesionales. Prefiero la muerte a que aquellos tiempos regresen. ¿El capitalismo y los Rionda?, Dios nos libre".

Con el tiempo el poderoso clan comenzó a distanciarse de Tuinucú, residía en Nueva York o La Habana y solo venía alguna vez de vacaciones. La atención al batey empezó a decaer. A partir de los años 40 se sucedieron paros y huelgas. El sindicato, con su líder Melanio Hernández, se fortalecía y procuraba la alianza obrero-campesina. El 19 de diciembre de 1958 los revolucionarios liberaron el batey. La historia reciente ya resulta sabida.

"En el central se humanizó el trabajo, se ha perfeccionado la técnica. La destilería de hoy tampoco se parece a la de antes. Lo que ellos dejaron aquí ya no es lo mismo de antes. Si vienen a reclamar, esto que hay hecho no les toca", reflexiona Ángel Vázquez, trabajador de toda la vida en ambas industrias.

LA ZAGA DE LOS RIONDA

En 1943 murió en Estados Unidos el magnate Manuel Rionda, quien en su testamento legó la construcción de una capilla católica en Tuinucú, no para expiar pecados, sino para perpetuar el nombre y matrimonio de los hermanos. Ha transcurrido casi un siglo desde entonces, pero nuevas ramas de ese árbol han mantenido sus amargos negocios del dulce.

En sus pesquisas *Escambray* encontró la zaga de este clan en pleno siglo XXI: los cubano-americanos Alfonso y José Fanjul Gómez de Mena, llamados los Sultanes del azúcar en Miami, quienes se dice fabrican dos de cada tres de las cucharadas que se comercializan de este alimento en Estados Unidos.

En febrero del 2007 un suplemento del diario *El Mundo* detalló la ascendencia de ese dueto, nacido del matrimonio de un sobrino-nieto de Manuel Rionda con la heredera de la fortuna de los Gómez-Mena, otra de las familias más poderosas de la isla en la época prerrevolucionaria, dueña de la famosa Manzana de Gómez, del club de pelota Almendares y de una señora mansión convertida hoy en el bellissimo Museo Nacional de Artes Decorativas, por solo mencionar algunas de sus propiedades.

Con esos genes los muchachos no podían

hacer menos. Emigrados desde muy jóvenes, continuaron en el mundo de los mismos negocios: la familia compró "cientos de hectáreas de humedales en los alrededores de Miami, los desecaron y plantaron caña de azúcar (...). Y hoy los Fanjul ya controlan el 40 por ciento de la producción de azúcar en Florida donde poseen 728 kilómetros cuadrados de cañaverales a nombre de la empresa Florida Crystals. Su patrimonio supera los 1 000 millones de dólares", reseñó el periódico español.

Pero no les bastó con ello. A mediados de los 80 se extendieron a República Dominicana, un escenario parecido a su añorada Cuba, donde adquirieron el Central Romana, el mayor del mundo con una producción de 300 000 toneladas al año. Como parte de ese negocio también compraron Casa de Campo, uno de los 10 complejos residenciales más lujosos del planeta, donde los Fanjul han acogido a la estirpe de los Bush, la familia real española o el millonario mexicano Carlos Slim.

Radio y Televisión Española denunció por esa misma época la amenaza de muerte recibida por un misionero hispano, quien había pedido a su gobierno que influyera para que la Unión Europea no comprara el azúcar producido en República Dominicana por el imperio Fanjul: "Cualquier día encontrarán tu cuerpo por uno de esos caminos de barro que recorres", fue la amenaza que le hicieron llegar. Más o menos los mismos métodos que aplicó su ascendencia mucho antes en el Oriente de Cuba.

Los sucesores del clan Rionda tampoco han olvidado la isla y se encontraban entre los aliados de las familias Mas Canosa y Bacardí en la confección y las presiones para aprobar en 1996 la Ley Helms-Burton, que intensificó la guerra económica contra Cuba.

Asociados a la Fundación Nacional Cubano Americana forman parte de un influyente factor en la política norteamericana de las últimas décadas y han contribuido a financiar a los congresistas anticubanos, a la organización Hermanos al Rescate y hasta aportaron 10 000 dólares para los abogados de la parentela de Miami, cuando el secuestro del niño Elián González.

Un artículo de la revista *Bohemia* asegura que en 1995 los congresistas Ileana Ros-Lehtinen y Lincoln Díaz-Balart defendieron a los Fanjul de la aprobación de un impuesto de 75 millones de dólares anuales a los azucareros de La Florida, que serviría para limpiar la contaminación que

han creado en los Everglades.

Estos millonarios han afectado el ecosistema, las aves, las algas y el lago Okeechobee al punto que los ecologistas demandaban 500 millones para reducir los daños a ese medio. Después de una larga polémica, el acuerdo para limpiar la región cargó menos de la mitad del costo a los culpables y el resto a los contribuyentes.

En un negocio bien redondo, durante las campañas electorales norteamericanas, estos conocidos empresarios anticubanos lo mismo contribuyen a financiar a los candidatos del Partido Republicano que del Demócrata, para luego también recibir ganancias valoradas en más de 60 millones de dólares anuales, gracias a las subvenciones del controvertido programa azucarero del gobierno.

Su imperio Flo-Sun Sugar resulta protegido por un subsidio que fija los precios domésticos del azúcar en alrededor del doble de su cotización mundial —los consumidores pagan 8 centavos más por libra que lo que debían pagar—, facilidad que los ha mantenido entre los más ricos terratenientes de Estados Unidos.

Hasta Robert Torricelli ha votado a favor de sus intereses. Definitivamente a los Fanjul, o como luego derive el apellido Rionda, bien les vendría el conocido refrán "De tal palo, tal astilla". A través de todos estos años sus amargos tatuajes se reciclan por encima de fronteras geográficas y humanas. La caída de su imperio no aparece en el horizonte.

*Esta y otras cifras oscilan con números parecidos en los distintos autores consultados.

**Los elementos para la realización de este trabajo los rastreó *Escambray* en textos del historiador Eladio Santiago Serrano, del investigador Oscar Pino Santos, Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas (2001); la doctora de la Universidad de la Habana María del Pilar Díaz Castañón; los estudiosos Leida Fernández Prieto y Antonio Santamaría García, del Instituto de Historia de España; el artículo "El dulce aroma del soborno", publicado en la revista *Bohemia*, el 16 de junio del 2000; y otras publicaciones periódicas citadas en el texto.

Nota: *Escambray* agradece la colaboración de Carlos Manuel Meléndrez, historiador de Tuinucú, la biblioteca de esa localidad, trabajadores del central y habitantes de la comunidad.